

peña en no serlo, para transformarse en profeta o en no sabemos qué.

Instantes hay en la obra en que nos parecen holgar las amonestaciones, pues Miguel Serrano exhibe pasta de crítico. Cuando juzga a su egregio tío Vicente Huidobro, por ejemplo, en cuya estirpe poética no confía.

Pues bien, como le habríamos recomendado al propio Vicente Huidobro (si hubiera sido tiempo y hubiese querido dejar de escucharse para escucharnos desde nuestro rincón personalísimo de modestia), en arte es necesario decidirse por algún lugar, mientras más pequeño y humilde mejor, «aunque no queramos acordarnos de su nombre».

De modo que Miguel Serrano tiene una ancha vía abierta para su fino talento, pero tiene que ser Por Mar y Por Tierra...

DESTIERRO, de Julio Moncada.—Ediciones *Helios*, Montevideo

Este poemario enviado en marzo, nos llegó hace pocos días. Su autor pasó dos años en Uruguay, por manera que el título es producto de la añoranza.

Como en su primer libro, *Las Voces*, encontramos dos bien delimitadas: una agraria, subjetiva, suave, y otra de intención social reivindicatoria.

Nos atenemos francamente a la primera, porque filia al poeta y le es fiel. Nos han agradado en especial tres composiciones: «Regreso a un tiempo» (p. 13) y «Honra fúnebre a Luis Mejía» (p. 51), en tercetos, y el soneto «Así construimos el día» (p. 37).

Es raro en esta hora de teorizaciones poéticas encontrarse con un lirida ingenuo, transparente, puro. Con un poeta que sea leal a sí propio y cante «como un hilo de agua clara sobre una huerta». Con esa eficiente pulcritud de un hilo de agua clara sobre una huerta...

En sus buenos tiempos, nuestro paisano Juvencio Valle

exaltó al «mapu», como lo hace hoy Moncada. Pero decimos mal si sugerimos con ello influencia del primero sobre el segundo: mientras en Juvencio prima la cabriola sutil, en Julio Moncada es la emoción severa, el puño apretado de la voz con urgencia de varonía exacta:

«Viejo olor agridulce de manzanas  
y olor a corrajes y a bodegas,  
con ellos tengo yo toda mi infancia.  
Una infancia bucólica, sin duda,  
con la muralla de la enredadera  
y la rubia materia de la uva.  
Aprendí allí la ciencia de la espiga.

.....

Olor a bosque me impregnó la mano.

.....

Qué más decir, qué más, cuando está todo  
definitivamente ya lejano  
bajo una capa de ceniza y moho?  
Hay otro brazo ya que siembra el grano,  
otro niño, sin duda, sueña solo  
y otras son ya las reses del establo.  
Y mi amigo, el aroma permanece  
buscando el tiempo que ha de derrumbarlo  
en menuda materia transparente.  
Hoy sobre el rostro de mi madre el río;  
hoy en mi mano el día indiferente  
y en mi padre el cansancio del estío.  
Y la voz implacable de la muerte  
que grita para siempre en mis oídos  
que todo está perdido para siempre ...

¿No basta esta credencial? ¿Y sobre todo allende algunos  
«poetas malditos» que maldito lo que suelen tener de poetas...?

Aquí respira el alma universal del Sur, donde el desgaste de las cosas es como el desgaste del rostro por el llanto. Esta es voz mapuche, es decir, de hombre de la tierra. Cuando Moncada la escucha en sí propio, cuando le resuena auténticamente, puede ensayar la modulación humilde y fácil, blanda y lejana, húmeda y herida del ser introverso del Sur, donde la lluvia incuba y propaga la poesía.

Aquí no hay alardes ni metafisiqueos. Sensibilidad podada, clásica, como la del desesperanzado soneto *Así construimos el día*, donde la protesta se volatiliza en espiral dulce y lo que pudo ser aguafuerte detonante se transforma en sueño eglógico.

Tampoco hay empinados esoterismos en el poema luctuoso de Luis Mejía.

Es la «difícil facilidad» lo que se ha conseguido en estos versos.

Mientras la fácil dificultad que plantean el caos o la ausencia cierta de problemas están minando la salud de la poesía, que quiere agua, viento y tierra, y a la que no conviene el medio confinado de los cenáculos teorizantes....